



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

LUIS BLANCO VILA

EUROPA Y LA GUERRA
ARABE-ISRAELI

«Si os atacaran durante los meses sagrados y en los lugares santos, hacedle sufrir la pena del talión, violad las leyes que en sus códigos equivalgan a la que ellos os han violado» (Korán, capítulo II versículo 190).

Era el 6 de octubre, sobre el mediodía. Los judíos celebraban el Yum Kipur, el día del Gran Perdón, jornada santa por antonomasia, día de oración y reposo total. David Landau, periodista del «Jerusalem Post», descansa con su mujer y sus dos hijos sobre la arena caliente de la playa de Tel Aviv. Los Landau son exactos cumplidores de la ley. Hace quince días, en Atenas, renunciaron a un programa preparado por el Gobierno griego —del que eran huéspedes— porque, siendo sábado, tenían que hacer sus oraciones y limitarse a un reposo bien marcado en los libros santos. Su abstinencia en la mesa fue siempre ejemplar.

El día del Kipur había paralizado la vida en Israel y los Landau descansaban en la playa. De pronto, alguien se acercó a ellos con evidentes signos de nerviosismo. Un receptor de radio, violentamente zarandeado, le servía de bandera. «Nos atacan. Están atacando. Consigna de movilización general».

David Landau se incorporó y su barba negra se llenó de arena sacudida por la violencia de su gesto. La playa se había poblado de carreras nerviosas. Cien voces nacidas en los transtidores —hasta entonces mudos— comenzaron a sonar históricamente. «Vamos», dijo David sin violencias. Su esposa, casi una adolescente, recogió a los dos niños y se encaminaron al coche.

Los árabes celebraban el mes santo, que termina con el Ramadán. Los judíos estaban en pleno día del Perdón. El profeta, en el versículo 186 del capítulo II del Korán, dice: «Combatid a vuestros enemigos en la guerra encendida en defensa de la religión: pero no atacéis los primeros. Dios reniega de los agresores».

* * *

Durante más de veinticuatro horas las fuentes de información árabes acusaron a los judíos de agresión, de haber sido —una vez más— los primeros. Sin duda se trataba de una referencia histórica, una alusión a pasados combates. Esta vez Israel celebraba el día del Perdón y lo celebraba en paz, sin intenciones agresivas, al menos por el momento. Cuando las calles y los hogares judíos se llenaron de consignas extrañas, de cantos a la primavera y a los pájaros del cielo, de salmos entonados con voz velada por la emoción, los hombres de Israel sabían que debían olvidar la jornada del Perdón para acogerse a la consigna de movilización general. La ley del talión se aplicaría más tarde. Por ahora —pensaba David Landau camino de su casa— lo importante es conseguir que Javé se apiade de nosotros y nos perdone nuestros pecados.

* * *

El 2 de noviembre de 1917, lord Arthur James Balfour, ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno de Su Graciosa Majestad, enviaba a lord Walter Rothschild, jefe de la rama inglesa de la familia de banqueros más famosa en el mundo,

una carta que, con el tiempo, resultaría histórica. En ella, el ministro anunciaba al banquero —judío, naturalmente— que «el Gobierno de Su Majestad ve con buenos ojos el establecimiento en Palestina de un Hogar Nacional para el pueblo judío... quedando claramente entendido que no se hará nada que atente contra los derechos civiles y religiosos de las colectividades no judías que existen en Palestina».

El 29 de noviembre de 1947, justamente treinta años más tarde, la recién nacida Organización de las Naciones Unidas, se disponía a arrojar al mundo una criatura cuyo parto se presentía difícil y cuyos primeros años resultaban, de antemano ya, dolorosos. Era sábado, igual que el día del Perdón que sorprendió a David Landau en la playa de Tel Aviv. Pero en Nueva York hacía un frío insoportable. Con un poco de suerte y un mucho de habilidad, aquella noche podría nacer el estado de Israel, por decisión política de Inglaterra, y con el apoyo de los Estados Unidos. Algunos países, con voz y voto, sufrieron enormes, brutales presiones, sin las cuales el nuevo Estado no habría nacido. No es extraño que tales países, obligados a una paternidad no querida, se hayan negado siempre a reconocer la legalidad de Israel.

Un día soleado del año 638 después de Cristo (16 de la Egira), seis años después de la muerte del Profeta en brazos de su favorita Aisca, los conquistadores del califa Omar, mandados por Whalid Ibn Whalid, penetraban en la Ciudad Santa. Quiere la tradición que fue también sábado. A pesar de la conquista, comenzaba entonces la era más feliz del pueblo judío en la diáspora desde la destrucción de Jerusalén por Tito en el año 70. Judíos y musulmanes iban a convivir durante siglos sin más tiranteces que las lógicas cuando una mayoría victoriosa convive con una minoría inteligente. Cuando el imperio árabe llegó a Occidente, fue precisamente España el paraíso de la convivencia entre árabes y judíos, todos ellos salidos del tronco de Abrahán. Claro está que las peripecias —y los sufrimientos— del pueblo judío no habían terminado ahí. Tras

los califas fatimistas de Egipto, sucesores en línea directa de la dinastía de Omar, los turcos --apenas inaugurado el año mil-- comienzan su empuje y llegan hasta Siria, la conquistan, toman Jerusalén y provocan el mayor y el más romántico movimiento de solidaridad que se haya producido en la historia. Las Cruzadas, descabelladas en muchos aspectos, tuvieron en Gregorio VII, Urbano II, Pedro el Ermitaño y otros predicadores los portavoces de una conquista que pretendía, además de liberar el Santo Sepulcro, en manos de los infieles, ayudar a los cristianos --muchos de ellos de raza judía-- que permanecían en Oriente bajo el dominio turco y conseguir la unión de la Iglesia de Oriente con la de Occidente. Como último objetivo, realmente ambicioso, la caballería de Occidente, galvanizada por motivaciones religiosas, pretendía acabar con el imperio del Islam y llevar la guerra a los países del Este. (Me permito un paréntesis brevísimo. Repasando la historia advierte uno que la dualidad, casi la aporía, Oriente-Occidente no es una creación yanqui, como ha querido señalar alguien con evidente mala voluntad).

El 15 de julio de 1099, normandos, flamencos, loreneses e italianos penetran en Jerusalén tras muchos meses de camino y de asedios a ciudades mojoneras como Nicea y Antioquía. Godofredo de Buillón es nombrado jefe y protector del Santo Sepulcro. A su muerte le sucede su hermano Balduino de Flandes, creador del reino de Jerusalén, un reino efímero destruido por rencillas interiores. La historia no cuenta la vida cotidiana de los habitantes de la ciudad, pero se sabe que la comunidad judía seguía siendo importante. En 1187, tras la batalla de Hattin, el gran sultán Saladino entra en Jerusalén. Las últimas cruzadas nunca llegaron a conseguir su objetivo y todas ellas quedaron en intentos, más o menos frustrados, de recuperar para el cristianismo los Santos Lugares. Sólo en la segunda década del siglo XIII, Federico II, excomulgado, abandonado por el Papa Inocencio III, consigue del sultán de Egipto, El-Kamil, Jerusalén, Belén y Nazaret. Y, ¡oh paradojas del destino!: este breve depósito

de los tres lugares más sublimes de la vida de Jesús, lo consigue Federico II no por la fuerza de las armas, sino por vía diplomática, negociando con el sultán. Breve depósito, he dicho, y más breve gozo, porque en 1244 los musulmanes toman una vez más Jerusalén y los cristianos pierden la ciudad santa definitivamente.

* * *

Permítanme una reflexión, nacida ahora al recordar un acontecimiento acaecido en 1212 (por aquellas fechas, 16 de julio, se libró, si no recuerdo mal, la batalla de las Navas de Tolosa). Estamos en plenas Cruzadas. (Precisamente creo recordar que en la citada batalla reñida en la actual provincia de Jaén, participaron cruzados europeos). Sucesivas oleadas de jóvenes y no tan jóvenes caballeros de toda Europa —España tenía su propia Cruzada dentro— se embarcaban en los puertos del Mediterráneo en las naves venecianas que iban a conducirlos a la conquista de la Tierra Santa. Las bulas se prodigan en todo el Occidente para ayudar a la Causa. Las sucesivas oleadas de cristianos van quedando sobre las calientes arenas y hacen falta refrescos, más juventud. Y fue precisamente en 1212 cuando sucedió el episodio a que ahora me estoy refiriendo. Se le llama «la Cruzada de los Niños». Millares y millares de jóvenes europeos de ambos sexos, casi niños, enfervorizados por los predicadores que, en nombre del Papa o de su propia iniciativa, recorren Europa, se dan cita en el puerto de Marsella para embarcar rumbo a Tierra Santa. Van a la conquista del Santo Sepulcro, a limpiar la tierra de Jesús de infieles. Embarcan, por fin, en Marsella y las naves ponen rumbo a Oriente. Nunca llegaron a Palestina. Los armadores, convertidos en negreros, depositaron la joven mercancía en manos de los mercaderes de Alejandría. El mundo musulmán se nutrió de esclavos y de esclavas en aquella cruzada infantil.

Sería absurdo que yo pretendiera ahora sacar alguna lección de esta anécdota poco conocida pero, sin duda, impresionante por su desenlace. Pero no me parece ocioso romper una

lanza contra el simulacro que todavía hace furor en la calle, las imágenes bíblicas de David frente a Goliat, el Israel lleno de virtudes atacado por el Islam degenerado. No; los excesivos entusiasmos nunca han sido buenos consejeros. Si el pequeño y disciplinado ejército de Israel desata todavía entusiasmos y hace que los sentimientos se inclinen naturalmente por su triunfo, no por ello debemos ofuscarnos hasta el punto de dar la razón al que no la tiene. Todas estas guerras sobre el terreno de Palestina están viciadas en su origen. Las últimas son fruto del peor vicio: la política de intereses ajenos.

* * *

26 de mayo de 1973, sábado. En el Palacio de Africa, el Africa Hall, de Addis-Abeba, hay un movimiento febril. Casi todos los jefes de Estado del continente deambulan por los pasillos en busca de sus sillones de la sala de reuniones. El periodista consume las horas de espera leyendo el Korán. «Acordaos del día —dice Alá— en que dije a los israelitas: «Entrad en esta ciudad, gozad de los bienes que hay en ella a vuestro antojo». Pocos minutos más tarde, la reunión panafricana acuerda apoyar a los países árabes en la reconquista de las tierras del Estado del Israel, incluidas las ganadas en la guerra de los Seis Días. «Matad a vuestros enemigos —dice también el Korán— dondequiera que los encontréis, arrojadlos de los lugares de donde ellos os arrojaron antes... Si os atacan, bañaos en su sangre».

El 6 de octubre de 1973, sábado, comienza el ataque sirio y egipcio, por el Norte y el Sur respectivamente. La idea era precisamente esa: bañarse en la sangre de los judíos.

* * *

Dos de junio de 1973, sábado. El periodista se encuentra en Trípoli. La amistad del embajador José María Moro, hoy representante de España en Ottawa, hace su estancia en Libia menos difícil. El periodista no entiende el árabe, pero pregunta en italiano o en inglés cuando alguien se presta a responder, cosa

que no siempre sucede. La faz del coronel-presidente Gadafi se asoma continuamente a la pequeña pantalla de la televisión. Predica la unión con Egipto como paso necesario para la guerra santa. Las amenazas contra Europa se cumplen día a día. Resulta penoso ser europeo en Libia. El petróleo hace su aparición como arma política y Gadafi está dispuesto a utilizarla a fondo. El objetivo último es Israel.

¿Qué ha sucedido con Gadafi? Después de su fervor bélico, ¿por qué ha desaparecido del campo de batalla? Mejor dicho, ¿por qué los libios no han hecho acto de presencia? Tal vez los meses próximos respondan a estas preguntas. Tal vez la reconstrucción material del frente árabe, deshecho por la guerra, haga relucir de nuevo la estrella de Gadafi. ¿Estoy insinuando que el presidente de Libia ha dejado que sus hermanos pierdan la guerra o, por lo menos, no han hecho nada por evitarlo?

* * *

Hagamos memoria brevisimamente.

—29 de noviembre de 1947: La ONU vota el reparto de Palestina, que se divide en un Estado árabe y otro judío.

—24 de marzo de 1948: Asedio árabe a la parte judía de Jerusalén. Toda la primavera estuvo bañada de sangre árabe y judía en sucesivas emboscadas.

—18 de mayo de 1948: La Legión Árabe entra en Jerusalén. Diez días después capitula el barrio judío.

—1 de junio de 1948: comienza la ofensiva judía.

—11 de junio de 1948: primer alto el fuego.

—9 de julio de 1948: Se rompe el alto el fuego y se reanudan los combates.

—17 de julio de 1948: Segundo alto el fuego. Jerusalén queda dividida durante 19 años, hasta la guerra de los Seis Días (1967).

—La guerra relámpago de junio de este año ensancha las fronteras israelíes y devuelve a los judíos la ciudad de sus padres.

—6 de octubre de 1973: intento, al parecer fallido, de recuperar las tierras conquistadas. Todo parece indicar que los árabes han vuelto a perder la guerra.

Pero, ¿han sido sólo los Estados árabes los que han perdido?

* * *

Por ahí se dice que quien ha perdido la guerra, sobre todo, ha sido Europa. ¿Sería excesivamente optimista si digo que Europa no ha perdido ni siquiera una batalla? Tal vez, tal vez, esté a punto de perder un aliado, pero eso depende de él y de nadie más. La guerra no se ha perdido —y menos Europa—; simplemente se ha aplazado. Y Dios quiera que este aplazamiento, aunque precario, dure por mucho tiempo.

Lo que le pasa a Europa es que está pagando ahora viejas culpas, atribuidas de modo especial a los ingleses.

* * *

Hace unos días, en plena cuarta guerra, me llamaron para participar en un debate sobre el tema. Fue un debate curioso, porque los interlocutores actuaban a distancia. Me explico: se trataba de una conversación a través de una cadena de emisoras de radio, con conexión directa con la BBC de Londres. Por Inglaterra participaron un importante rabino, el historiador Brian Crozier y sir William... (no recuerdo más que su nombre), quien durante muchos años había sido embajador británico en Tel Aviv. En Madrid estábamos el profesor Pascual María Pérez y yo. Pero, a lo que iba. Nuestros interlocutores londinenses, desde el primer momento de la conversación, adoptaron una actitud abiertamente projudía; lo cual no fue obstáculo para reconocer que la creación del Estado de Israel fue una operación política montada por los ingleses con una doble finalidad: la primera, reparar una injusticia secular (la persecución de los judíos que culminó con la matanza de millones de hebreos en los campos nazis de exterminio); la segunda —y creo recordar que fue Brian

Crozier quien hizo la afirmación—, mantener un enclave colonial inglés en el corazón del mundo árabe.

Pero, amigos míos, si la segunda finalidad es ciertamente discutible y de efectos nulos, tal como demuestra la historia, ya que los ingleses tuvieron que abandonar Israel a su suerte desde el primer momento, la primera es una monstruosidad. Reparar una injusticia con otra no menor, arrojar a los palestinos de su patria multiseccular para entregarla a los judíos; crear un Estado artificial y acosado por todas partes; esto no tiene sentido y la historia valorará el hecho en toda su trascendencia negativa.

Ni las razones históricas —que ambos bandos pueden esgrimir— ni, mucho menos, el derecho de conquista —que hace tiempo ha dejado de serlo— tienen validez en este penoso caso de Palestina. No se puede, como hicieron los ingleses, poner al mundo ante una situación de facto sin tener en cuenta, con carácter de consideración previa, las graves consecuencias que iba a acarrear. Cuatro guerras en un cuarto de siglo es un balance demasiado duro para absolver hoy a los ingleses —y a los norteamericanos, por supuesto, que acudieron hasta al chantaje para que las Naciones Unidas votaran al nuevo Estado— de algo que, con carácter permanente, iba a amenazar la estabilidad y la paz del mundo. Más de un millón de personas, de hombres, mujeres y niños (los palestinos) viven en situación de perpetua emergencia, mientras otros tres millones (los judíos) pasan su vida en estado de alerta permanente. Esta situación ha dado lugar a dos caracteres bien definidos: el de los palestinos, desesperado, buscando la fórmula del terrorismo más suicida para llamar la atención del mundo, y el del israelí, siempre con los sentidos alertados y los dientes apretados, avizorando la amenaza, consciente de su superioridad estratégica lograda a fuerza de una tensión continua y una preparación permanente para la guerra. El terrorismo palestino es sencillamente criminal; la arrogancia judía llega a límites horrendos, como, por ejemplo, la utilización de los prisioneros sirios para abrir caminos al ejército a través de los campos de minas.

Ambos pueblos luchan por su supervivencia. ¿Tiene algo de que arrepentirse Europa? Desde luego; en la génesis de la situación, la Gran Bretaña tuvo un papel importante; el resto de los países europeos, con voz —España por entonces era una nación maldita, acosada— pecaron, como tantas veces, de omisión, y consintieron que ese enorme montón de basura, que formaron los crimenes nazis, fuera cubierto con más basura. Si lo que ahora se pretende, es decir, buscar acomodo a judíos y palestinos, se hubiera intentado hace 26 años, con reposo, con serenidad, sin intereses más o menos estratégicos por parte de nadie, se hubieran evitado muchas hecatombes y, por supuesto, cuatro guerras que son auténticas sangrías, sobre todo para el reducido pueblo de Israel.

La tierra prometida y su recuperación por imposiciones políticas ha sido una de las peores calamidades que han podido caer sobre las espaldas de la Humanidad. Veinticinco años de odio son demasiados para que puedan borrarse en una reunión internacional, aunque se llegue —Dios lo quiera— a un acuerdo de paz más o menos estable. Pero, además, la voluntad de paz, que parece evidente y necesaria de todo punto, está sufriendo hoy serias embestidas porque, una vez más, se ha comprobado que los grandes, las dos superpotencias, están más atentas a sus intereses estratégicos y económicos que a la suerte que pueda correr esa parcela del mundo. La tregua impuesta —con el golpe de efecto de una alerta general que ha escandalizado incluso a los más avezados—, tiene todos los visos de una pausa de conveniencia. Puede sorprender a alguien pero pienso que es exacto decir que en estos momentos no hay ningún elemento nuevo que pueda «justificar» un arreglo en Oriente Medio.

Al contrario, han entrado en liza nuevos ingredientes de discordia. Las posturas se han radicalizado. Los dos bandos, en una ceguera nacida de la desesperación, parten del supuesto —falso a todas luces— de que han ganado la guerra. Ahora mismo, el sentimiento que predomina en el mundo árabe es que los ejércitos aliados están en condiciones para asestar un golpe de muerte a Israel. Y Tel Aviv, mucho más realista y práctico, supone que

sus posiciones en el frente le hubieran permitido alcanzar una gran victoria, de no haber sido por el alto el fuego impuesto por la Unión Soviética y los Estados Unidos.

Es indispensable volver a hablar de estos dos países que, por su fuerza de disuasión, han desplazado a Europa de su papel de directores de la contienda. Tengo para mí, a fuerza de análisis y conversaciones con expertos, que, por encima del problema real y sangrante de dos pueblos que se odian a muerte y aplican, en cada caso, la ley del talión, existen intereses basados en supuestas hegemonías. Los ejércitos árabes no se hubieran lanzado a una ofensiva total el pasado 6 de octubre si la Unión Soviética no hubiera garantizado a El Cairo y Damasco que recibirían el apoyo suficiente para alcanzar la victoria final. ¿Qué pretendía Moscú, aún sabiendo que Washington defendería al Estado judío hasta desbaratar la ofensiva árabe? Los dirigentes soviéticos han tratado de medir el alcance de la fortaleza norteamericana en Europa. Y a fe que lo han conseguido. Porque Europa, que había enmendado los pasados yerros, se ha visto desplazada totalmente por su aliado norteamericano y ha sufrido en su carne la humillación más dolorosa desde la segunda guerra mundial. Washington ha demostrado que sus vínculos con Europa Occidental eran tan frágiles que en cualquier momento pueden romper amarras y quedar a la deriva. Incluso ir al garete. Moscú ha jugado una baza y ha sacado una doble conclusión: Israel es intocable y los aliados árabes no conseguirán borrarlo del mapa mientras los Estados Unidos sigan manteniendo el rango de árbitros del mundo. Pero, por otra parte, el desenganche de Europa puede ser fruto a corto plazo si Washington comete una nueva equivocación del calibre de la última. Tratar a Europa como satélite más que como aliado es algo que Europa no puede consentir.

Ahí está el llamamiento de Pompidou, que será largamente seguido a corto plazo, que resume la rebeldía del viejo continente, vejado, mantenido al margen y finalmente acusado de negligencia por Washington. La política de De Gaulle de acer-

camiento a la URSS —vecino de Europa, parte de ella— y buenas relaciones —nada más— con los Estados Unidos, ha vuelto a ponerse sobre el tapete de las discusiones al más alto nivel. Y en estos momentos, pese a las apariencias en contra, sólo Europa está en condiciones de resolver la crisis de Oriente Medio. Tanto Moscú como Washington militan en campos partidarios, y no podrán franquear las barreras de sus intereses peculiares.

* * *

Hace unos meses, en El Cairo, cuando yo le preguntaba a un destacado periodista egipcio si los países árabes llegarían a utilizar el arma del petróleo como instrumento de presión política, mi amigo abrió enormemente los ojos. «Eso es imposible —me dijo—; no podríamos resistir quince días ante la réplica occidental de cortar todos los suministros de materias primas, y hasta de perfumes», dijo sonriendo. Sin duda mi amigo ignoraba que las reservas en divisas de los países productores de petróleo pasan de los once mil millones de dólares, sin contar las enormes fortunas afincadas en Suiza y pertenecientes a personajes más o menos oficiales de los emiratos y las repúblicas árabes. Sin duda mi amigo no tuvo en cuenta el hecho de que la Unión Soviética está hoy en condiciones de suplantar a los países occidentales en el suministro de todo tipo de mercancías. O tal vez mi amigo pretendía ignorarlo. Porque, ya por aquellos días sonaba la amenaza de un chantaje y el clima en El Cairo era de guerra. Recuerdo aquel calor agobiante que me impedía, incluso, concentrarme. Al mismo tiempo, notaba una gran desazón, como un presentimiento de que algo serio estaba gestándose, algo definitivamente irreparable. Mi amigo el periodista cairota sonreía cuando le contaba mis premoniciones. El se mostraba partidario de la negociación pero no estaba muy seguro de que se llegara a ella en fecha más o menos inmediata.

En la calle el ambiente era distinto. Ciertamente, había un pesimismo general entreverado con leves críticas al presidente Sadat. Se le censuraba su prudencia, el dejar que las cosas

siguieran a su ritmo, sin provocar una guerra abierta. La cruzada belicista del presidente de Libia, coronel Gadafi, había cuajado en la mentalidad de los egipcios. Recuerdo que un camarero que hablaba bastante bien el italiano, me dijo: «Si nuestro presidente, junto con su prudencia, tuviera la agresividad del coronel Gadafi, Israel duraría cuarenta y ocho horas».

Era este un fenómeno nuevo. Después de la clara derrota de la guerra de los Seis Días, los árabes vivieron años de amargura y desilusión. El mito de la invencibilidad de los judíos había llegado a calar hondamente en los corazones de los creyentes. Incluso algunos comentaristas piadosos habían tratado de moralizar sobre la situación, atribuyendo a castigo de Dios la derrota, por los muchos pecados y el olvido del Korán de los pueblos islámicos.

Desde hace un año, sin embargo, la situación cambió notablemente. Se fue creando un clima de euforia colectiva. Podemos vencer al enemigo, fue la primera afirmación. Debemos vencer al judío, fue el slogan. Podemos y debemos arrasar Israel, era el convencimiento general. Claro está que los propios medios informativos, bien dirigidos, habían ido creando esa psicosis de superación de viejos prejuicios. Para ellos, la ayuda soviética y la financiación de los hermanos árabes habían puesto a Egipto en condiciones de reanudar la batalla. Y se hizo. Mejor dicho, se está todavía haciendo, con resultados imprevisibles pero siempre demoleedores.

Dentro de la hecatombe general, hay un dato, para mí con categoría de síntoma, que debiera preocupar a los dirigentes árabes. En plena guerra, cuando ambos bandos proclamaban sus victorias, el Kremlin dio una aparatosa marcha atrás y llamó urgentemente al secretario de Estado norteamericano para negociar una fórmula digna que llevara primero al alto el fuego y después a un compromiso entre las partes beligerantes. Si Moscú hubiera tenido la más pequeña seguridad de que sus amigos árabes estaban en el camino de la victoria, no hubiera dado nunca el primer paso. Más aún, ¿han advertido ustedes el pesado

silencio, la prudencia extrema de Moscú después de que el alto el fuego se ha hecho efectivo? ¿Han advertido que tanto árabes como israelíes han dirigido sus ojos a Washington a la hora de negociar o, por lo menos, de intentarlo?

* * *

Hablemos de la paz, de esa paz que se resiste en los campos donde fue predicada la mansedumbre y el amor hacia todos los hombres, donde se grabaron las leyes en piedra, símbolo de permanencia. Va a resultar difícil, muy difícil, rescatarla para aquella zona del mundo tan probada durante siglos. Va a resultar difícil, porque, tal como están las cosas, se concibe como resultado de una guerra —de una más— y toda guerra genera insatisfacción. Después de cada contienda —y van cuatro—, Israel ha conquistado nuevas posiciones, ha logrado nuevos objetivos; en otras palabras, ha salido siempre total o parcialmente vencedor. Su postura es, pues, de vencedor y como tal parece dispuesto a imponer sus condiciones. No obstante, los hechos nos demuestran que, una vez más, la tregua ha sido impuesta desde fuera y que las condiciones las imponen los grandes. Así, pues, quedará la insatisfacción tanto en uno como en el otro bando. Así, pues, cada final de guerra acumula nuevos pretextos para la próxima. En otras palabras, se trata de una enemistad que puede perdurar hasta el exterminio de una de las partes.

Que nadie me tache de pesimista. Por encima de todos los tratados impuestos, quedará el odio, que es la constante de la vecindad forzada impuesta por Inglaterra hace veinticinco años y sancionada por las Naciones Unidas más tarde.

* * *

Las últimas noticias que he tenido de David Landau son buenas. Su esposa se encuentra en Londres con los niños, esperando, en casa de sus padres, a que la situación se normalice. David, cuando escribió la tarjeta que me han traído en mano desde Jerusalén, soñaba con una negociación a fondo y unos

resultados positivos. Es un pacifista que entiende, sobre todo, de economía. Pertenece a la joven generación capaz de amar al enemigo. Como dije al principio de esta charla, es un hombre piadoso, amante de la ley. Pienso que habrá vivido días de angustia, que sus maneras suaves y comedidas, su voz casi susurrante, se habrán encogido más aún en medio del estruendo de la guerra. Me hubiera gustado que él ocupara mi puesto en estos momentos. Tal vez muchos de ustedes, sin duda admiradores de la imagen de Israel, se hubieran sorprendido por dos razones: primero, porque podrían comprobar que no todos los judíos responden a la idea de una beligerancia permanente; segundo, porque hubieran visto que también en Israel —igual que en Egipto, Siria y el mismo Irak— hay gentes que piensan que es posible la convivencia y que toda guerra sigue siendo un pecado contra el espíritu.

* * *

Dice el Korán: «Ahora, ¡oh musulmanes!, ¿deseáis que os crean los judíos?» Dice Alá: «Oh hijos de Israel, acordaos de los beneficios de que os he colmado! Conservad mi alianza y yo conservaré la vuestra».

Cuando Mahoma islamizó a los pueblos árabes, la Unión Soviética pertenecía a las tinieblas de la barbarie y el oscurantismo. Cuando Cristo resumió la antigua ley en el Evangelio de la caridad, los Estados Unidos estaban por descubrir. Ni Mahoma ni Cristo los tuvieron presentes.

Muchas gracias.